

EL GENERAL DE GAULLE Y SUS MITOS

Hace pocos más de dos años, el General De Gaulle fué llevado al poder por un impresionante movimiento de la opinión. La mayor parte de los franceses aclamaban al antiguo jefe de la Francia libre. Los únicos que se opusieron realmente a su vuelta al poder fueron los comunistas y los últimos fieles del Gobierno de Vichy. Los demás, desde M. Vincent Auriol a M. Pinay, desde el General Massu a M. Pflimlin han empujado hacia el poder al solitario de Colombey-les-deux-Eglises. El pueblo francés, arrastrado por ese ejemplo fué con entusiasmo al plebiscito en favor del General. Desde los tiempos felices del Segundo Imperio no se habían visto en Francia votaciones tan triunfales.

Resultaba claro, sin embargo, que, como en todos los movimientos de masa en favor de un hombre o de una idea, las fuerzas que convergían momentáneamente hacia él estaban en completa oposición sobre los problemas que por poco hubieran provocado la guerra civil en Francia. Muchos franceses, descorazonados por la debilidad de su política nacional, confiaban en el jefe de la Resistencia para poner fin a la guerra de Argelia, que duraba desde 1954. Las dificultades empezaron entonces. La izquierda abandonaba de momento la defensa republicana para animar al nuevo presidente de la República a concertar la paz con el F. L. N. La derecha, por el contrario, creyendo que el hombre del 18 de junio no podía capitular frente a unas cuantas «partidas de bandidos», contaba con él para aplastar militarmente la rebelión indígena. El General De Gaulle era llevado al poder, se decía, para impedir que estallara la guerra civil y por el Ejército y la izquierda. Esta verdad oficial tiende a sentar que el General De Gaulle no fué el hombre de la insurrección de Argel del 13 de mayo de 1958, sino el árbitro entre las facciones que apelaban a él de común acuerdo. Pero como muchas verdades oficiales, no es ésta más que una verdad a medias. En el origen de la vuelta al poder del General De Gaulle está, en primer

término, el 13 de mayo, el pronunciamiento del Ejército de Africa y la certeza por parte de los hombres políticos de la IV República de que no podrían resistirse a los paracaidistas de Massu y de Bigeard. Cogidos de nuevo, carentes de militantes dispuestos a combatir en las barricadas, los políticos del M. R. P., del partido radical y de la S. F. I. O. se agarraron a los faldones del hombre que habían apartado del poder en 1945, con la secreta esperanza de que éste mandaría a sus cuarteles a los generales y a los coroneles de Argel, acallaría a los alborotadores del Forum, tomaría las medidas impopulares e inevitables para poner orden en las finanzas y desaparecería cualquier día para dejarles libre la escena. Entre estas cábalas y las de los europeos de Argelia y del Ejército, que contaba con el General De Gaulle para poner un término al lento escurrirse por la pendiente de unas concesiones que amenazaban con liquidar la Argelia francesa, como habían sido liquidados Tunicia y Marruecos, la contradicción era flagrante. El General De Gaulle se guardaba mucho de pronunciarse por alguno de los partidos en presencia. Decía a los argelinos: «Os he comprendido», lo que parecía implicar la aceptación de la fórmula de integración lanzada por su lugarteniente Soustelle. Prometía a los demócratas una República pura y duradera. Y, como buen jinete, asía suavemente las riendas que se disponía a no soltar ya.

De hecho, el General De Gaulle estaba resuelto a hacer su República, a dotarla de instituciones ya propuestas al país a raíz de la «liberación», con motivo de su famoso discurso de Bayeux, sea a imponer su política. Todo ello para restaurar la grandeza de Francia en el mundo, tremenda tarea que estimaba ser el único en poder cumplir.

La sinceridad del General sobre este punto es indiscutible. En las obras que publicó antes de la guerra de 1939 mostraba una clarividencia y un conocimiento de la crisis francesa realmente notables. Sabía que Francia no carecía de hombres inteligentes, sino de hombres de carácter. En 1940, en el desorden de los espíritus que siguió a la «debâcle» del ejército francés, optó por la fidelidad a la alianza inglesa, y por la continuación de la guerra. Fué una apuesta. El razonamiento del jefe de la Francia combatiente se basaba en elementos razonables, cuales la invulnerabilidad de Inglaterra protegida por el mar y por su flota, los recursos del Imperio británico y de sus aliados virtuales de América. En cambio, no podía prever que Hitler se lanzaría a la guerra de Rusia, que lo perdió. Pero la apuesta había sido ganada, lo cual convirtió al General De Gaulle en la figura del hombre de la resistencia victoriosa al invasor, en el jefe de la

reconquista, el político de infalibles visiones. Al subir por los Campos Elíseos en agosto de 1944, el General De Gaulle tomó a los ojos de los franceses los rasgos de un mito sagrado. Desde entonces, la literatura, los periódicos, la radio han dado pábulo a esta visión de los hechos que los franceses han aceptado con tanto mayor entusiasmo cuanto que estas bellas estampas hacen olvidar las tristes escenas de la primavera de 1940. Las *Memorias* que el General De Gaulle ha publicado no dejan de contribuir señaladamente a esa glorificación de la epopeya de la Francia libre. La aparente objetividad que le lleva a hablar de sí a la tercera persona—como César—disimula mal la altivez que se trasluce en sus juicios sobre el resto de la Humanidad. Que esta actitud, que lleva a evocar con más desacierto que con razón a Luis XIV por periodistas en buscas de comparaciones fáciles, no disguste mucho a los franceses, no es discutible. Pero el hecho importante es que en sus relaciones con sus compatriotas, a los que piensa haber salvado, y con el extranjero, el General De Gaulle actúa con tanta confianza en sí y con tanta seguridad teñida de condescendencia hacia los demás, que impresiona a sus interlocutores, incluidos entre ellos a los jefes de Estado, como el presidente Eisenhower, aun cuando al regresar a su país piensen éstos que el admirable patriotismo del jefe del Estado francés le sugiere agradables espejismos respecto a la fuerza real de su patria.

Desde hace dos años el General De Gaulle se esfuerza por lograr tres grandes metas: reconstituir la fuerza francesa estrechando la unidad del pueblo en torno a su persona, sustituir al viejo Imperio desmoronado por una Comunidad de estilo británico que dejaría a Francia ventajas estratégicas, culturales y económicas, sin darle el papel odioso de potencia colonialista y, en fin, hacer desempeñar a Francia, liberada de sus guerras coloniales, y pudiendo dedicar todos sus recursos a su desarrollo económico y a equipar un ejército ultramoderno, el papel de gran nación entre las mayores, incluso el de árbitro de la guerra fría, merced al apoyo que le prestaría Europa, que dirigiría, así como la Comunidad francesa.

Algunos de estos objetivos han sido alcanzados; otros pueden serlo un día más o menos lejano; otros, en fin, parecen demasiado utópicos para realizarse.

En el dominio material, justo es reconocer que el gobierno del General De Gaulle ha conseguido éxitos importantes. La crisis financiera de 1958 ha sido atajada, se ha lanzado una nueva moneda fuerte, la devaluación que había precedido esta operación ha permitido al comercio exterior francés de reanudar su actividad y de restablecer el equilibrio de la balanza

comercial. Se atribuyeron estos éxitos al talento de M. Pinay y a la confianza que inspiraba en el mundo de los negocios. Pero M. Pinay se ha ido, M. Baumgartner le ha sucedido y la situación se ha mantenido floreciente. Incluso si la acción personal del General De Gaulle no es muy efectiva en este dominio, hay que registrar el éxito de su gobierno, porque el resurgir financiero no se hubiera logrado sin la estabilidad gubernamental y el apoyo del Estado. «Dadme buena política y os daré finanzas», decía Gaudin. El aforismo sigue siendo cierto.

Se ha dado otro paso con los ensayos de armas atómicas que colocan a Francia, en el concierto de las Naciones, inmediatamente después de Rusia, de los Estados Unidos y de Gran Bretaña. Ciertamente es que las investigaciones en este dominio habían sido ordenadas y financiadas por la IV República. El General De Gaulle se ha limitado a continuar y acaso a activar estos trabajos. Pero, en fin, él es quien recoge los frutos. Tal vez sus predecesores hayan vacilado en afrontar la opinión pública mundial y en suscitar la ira de las naciones afroasiáticas, aliadas o enemigas. El desprecio olímpico que siente por los demás lo torna poco asequible a las intimaciones de Ghana y de la Guinea, o a las desventuras del mundo islámico. Las experiencias atómicas francesas han tenido lugar. Se han repetido. Ha quedado que también Francia podía hacer uso del arma sin la cual una nación no puede contar hoy día en el plano militar. Habiéndolo demostrado a la faz del mundo, el presidente de la República podía practicar la gran política exterior que sueña con realizar desde hace tiempo.

II. UN ARBITRAJE FALLIDO

El General De Gaulle debe su fortuna política a los anglosajones. Sólo reside en el Elíseo, porque el Imperio británico, al que fué fiel en las horas negras de 1940, y los Estados Unidos lograron el desembarco de 1944 en Francia antes de ganar la guerra con la Rusia soviética. No obstante, no quiere estar en su dependencia. Su concepto de Francia no le permite aceptar el papel de satélite. Sus *Memorias* están repletas de los relatos de sus discusiones con los ingleses y los americanos en los tiempos en que dependía de la buena voluntad—y de las subvenciones—de aquéllos. ¡Piénsese, pues, en lo que se convirtió su preocupación de independencia cuando se halló al frente del gobierno francés! Una de sus primeras medidas de política internacional fué la conclusión de la alianza franco-rusa, que no

estimó comprar demasiado cara tomando como vicepresidente del Consejo al jefe del Partido Comunista francés, Maurice Thorez, exiliado en Moscú desde su desertión de 1939. Se trataba de demostrar así que Francia no se avasallaba a los occidentales, y que entendía permanecer a mitad de camino entre ellos y los rusos. Los rusos y no los soviets. Para el General De Gaulle los conceptos de pueblo y de nación vencen con mucho a los de los regímenes políticos a que están sometidos y que considera como transitorios. Cuando hombres de Estado europeos se asustaban al ver los ejércitos comunistas desparramarse hacia Budapest y Viena, capitales de la Europa central, y preveían la bolchevización de los pueblos danubianos, él sólo quería ver el avance de los aliados rusos y los signos precursores de la derrota de sus enemigos alemanes. La Rusia de Stalin le parecía, pues, un país como cualquier otro del que Francia podía buscar el apoyo. Por desgracia, Francia sólo disponía de algunas divisiones y Stalin sólo se tomaba en serio a las naciones que disponían de nutridos batallones. En Yalta, lejos de apoyar la política francesa, Stalin la apartó de los consejos de los «Grandes», en tanto que Churchill defendía a su vieja aliada continental.

No parece ser que este desengaño haya hecho cambiar las ideas del General De Gaulle sobre las alianzas necesarias a su política. Una vez vuelto al poder se ha aprovechado de la distensión ruso-americana para invitar a Jruschef. El Jefe del Gobierno soviético tuvo en París no sólo el recibimiento solemne a que tienen derecho los Jefes de Estado, sino el privilegio de pasearse a través de Francia y de hacerse aplaudir por los militantes comunistas reanimados a la vista de su gran hombre. El General De Gaulle no teniendo interés alguno en darle vuelos al partido que en 1947 motejaba, bastante inexactamente, por supuesto, de «separatista», ¿por qué reaccionaba así?

El General trataba de realizar una gran política, de hacer de Francia la tercera potencia entre el bloque soviético y el anglosajón y de presentarse para ello como un honrado corredor entre los grandes rivales. Para lograrlo era preciso hablar no sólo en nombre de la Francia de 45 millones de habitantes y de su Comunidad más o menos tambaleante, sino de las naciones de Europa. La evolución de las ideas del General De Gaulle con relación a Europa y a Alemania es un tanto sorprendente. El General había hablado muy poco durante su interreino. Sin embargo, había salido de su silencio para oponerse a la Comunidad Europea de Defensa, lo cual revelaba cierta hostilidad hacia la política europea del M. R. P. y de los socia-

listas de Guy Mollet. Sus últimos fieles, señaladamente el Senador Debré, tiraban a dar contra la política europea de los dirigentes de la IV República. La vuelta al poder del general y el llamamiento hecho a M. Debré para ocupar el puesto de Presidente del Consejo estaban indicados para sugerir la idea de que Francia iba a frenar la evolución de la Europa occidental hacia la unión. Pero el daño ha sido mucho menos grande. Cierto es que «la Europa de las patrias» ha sustituido en las fórmulas la moda de la Europa unida. Empero la cooperación de los gobiernos se ha manifestado mucho más estrecha de lo que cabía esperar. La V República han mantenido los lazos que se habían anudado entre Francia, Italia y el Benelux, lo cual es comprensible. Pero, y esto es más sorprendente, lejos de mostrar hacia la Alemania de Adenauer el recelo que proclamaba aun en la época de la discusión sobre la C. E. D., el General De Gaulle ha establecido entre París y Bonn una cooperación que recuerda los tiempos pretéritos de Briand y de Stresemann. En apariencia al menos, porque el presidente francés bien ha abandonado a los rusos y a los polacos la Prusia Oriental y la Silesia, de las que los hombres de Estado de la República Federal siguen reclamando la devolución. Pero a los alemanes no ha parecido conmovellos demasiado este abandono hecho en nombre del realismo político que el General jamás deja de invocar. El Presidente francés se aviene a cooperar y defender a la pequeña Alemania, porque ese Reich «desprusianizado», amputado de sus elementos motores de antaño, especie de Estado-tampón entre Francia y el mundo ruso, corresponde a una cierta concepción de la Europa de los políticos franceses, de los que Charles De Gaulle es el continuador.

Se cuenta en los círculos políticos de París que después de haber dicho a Bonn que la frontera Oder-Neisse era la única posible para la Alemania de la hora actual, el jefe del Estado francés hizo ante Jruschef una exposición muy realista de su política hacia el ex enemigo hereditario. Según esta versión, el General no ha condenado el recelo de los rusos hacia los alemanes, incluso ha dicho en términos diplomáticos que Francia había tenido bastantes desavenencias con su vecina de ultra Rhin para temerla a su vez. Pero ¿se podía practicar eternamente una política de fuerza y de rencor hacia ella? No lo creía. Más valía aceptar su cooperación, controlarla merced a instituciones comunes, impedirle que de nuevo campara por sus respetos, satisfacer su población mediante el bienestar y, así, mantener la paz. No se sabe si esta demostración de alta política—que ya realizaban los funcionarios del Quai d'Orsay en la época de Locarno—conven-

ció al dueño de todas las Rusias. El hombre parece ser lo bastante astuto como para ver el alcance de este razonamiento. Pero el incidente del avión americano U-2 vino a cercenar los intentos de corretaje de Francia.

El General De Gaulle esperaba sin duda dirigir una gran negociación entre los rivales que iban a discutir de la suerte del mundo en París. La elección de la ciudad luz para la «reunión en el vértice» era halagadora para Francia. Hacía pensar en los días triunfales de Napoleón III o de Clemenceau. El mismo General estaba en el cenit de su prestigio. En Londres se le había dispensado una acogida real muy propia para complacerle. Más tarde los americanos le habían organizado una recepción amistosa y habían multiplicado las atenciones curiosas (en una ciudad del Sur, ¿no fueron hasta pintar con los tres colores el cuarto de baño reservado al héroe de la Liberación?). Poseyendo la estima y la amistad de Eisenhower y de Mac Millan, la confianza de Adenauer y alardeando de ser oído de Jruschef, el General De Gaulle podía pensar que iba a jugar la gran partida diplomática que iba a poner fin a la guerra fría, sentar las premisas de la solución del problema alemán y del desarme y organizar acaso la ayuda de las grandes naciones a los Estados subdesarrollados, que es una de sus ideas favoritas. Conciliar Jruschef y Eisenhower, Adenauer y Jruschef exigía evidentemente un gran virtuosismo. Para desempeñar ese papel se necesitaba un hombre de Estado cual Bismarck que, durante años, había sabido mantener la alianza de Alemania con Austro-Hungría y Rusia, las cuales se combatían sordamente en los Balcanes. Es probable que el General De Gaulle no se estimará incapaz de ello.

Lo imprevisto sucedió con el vuelo fallido del U-2 y el furor que desencadenó en el dictador soviético. La negativa de éste a negociar con Eisenhower torpedeó la conferencia en el vértice y destruyó todos los planes diplomáticos que el General De Gaulle había podido trazar. El jefe del Estado no trató, por lo demás, de conciliar los inconciliables. Se unió a los anglosajones y afirmó que, miembro de la O. T. A. N., Francia cumpliría sus compromisos.

Esta solidaridad con el mundo anglosajón y la alianza atlántica la ha confirmado en su discurso a la nación del 31 de mayo. Pero agrega a ello un vibrante desarrollo sobre la necesidad de organizar a Europa. El mundo corre el riesgo de ser aplastado por una guerra entre los dos colosos que se enfrentan para dirigirlo, dijo. Después del fracaso de la conferencia de París, es preciso que una diplomacia más clásica y más discreta que la empleada para desembocar en ese fracaso, sirviera a preparar la disten-

sión, el desarme controlado y la cooperación entre el Este y el Oeste. Entretanto, las naciones libres de Europa tienen que organizarse para defenderse y desarrollarse al amparo del escudo de la O. T. A. N. En resumen, parece que los acontecimientos han acentuado la evolución del General De Gaulle hacia la organización de Europa, «cantaño el sueño de los juiciosos y la ambición de los poderosos».

Esta Europa de las naciones libres y reconciliadas podría, una vez recobrada su potencia, trabajar en apaciguar los grandes rivales, volver a crear su unidad actualmente rota por el telón de acero. Volvería a ser la potencia rectora que fué antes de las guerras que la rebajaron. Lo que no dice el General, pero que debe ser su íntimo pensar, es que esta Europa sería dirigida por Francia, única potencia atómica del Oeste del Continente, apoyada por una Alemania federal medio amarrada por los tratados. He aquí también un hermoso papel histórico. Pero para asumirlo sería preciso que Francia estuviera liberada de la pesadilla de las guerras coloniales.

III. LA INDEPENDENCIA DE LAS COLONIAS

El General De Gaulle había sido llamado de nuevo al poder para poner un término al absceso argelino. Está fuera de dudas que quienes le hacían volver al Elíseo, los oficiales de Africa y los europeos de Argelia, pensaban que lo haría «con honor», domeñando la rebelión. ¿Cómo concebir que el luchador del llamamiento del 18 de junio, que el hombre de la represión colonial de Mayo de 1945 fuera a negociar con los jefes del F. L. N. que consideraba como a asesinos, terroristas y degolladores de niños, etc.?

Sin embargo, y con motivo de la campaña en favor de la ratificación de la Constitución, el General De Gaulle había creado un precedente peligroso en materia colonial. Había invitado a los pueblos de las colonias a adherirse a esa Comunidad francesa, imitada de la Commonwealth británica que había preconizado ya en su discurso de Brazzaville durante la guerra. Pero había agregado: los que no la quieran pueden votar contra. Podrán retirarse si así lo desean. Habiéndolo hecho los guineanos de Sekú Turé, puso fin a la dominación francesa en Guinea sin más ceremonias. Era exponerse a que le preguntaran por qué concedía a los negros ese derecho a pronunciarse sobre su suerte que Francia negaba a los musulmanes de Argelia. La contradicción entre las dos actitudes era flagrante. Sólo podía resolverse concediendo a los argelinos la autodeterminación.

Los historiadores del porvenir tendrán amplia materia para ejercer su sagacidad cuando busquen cómo llamado para salvar la Comunidad francesa y Argelia, el General De Gaulle dió en dos años la independencia a las colonias negras y llegó a hablar de una «Argelia argelina» opuesta a la Argelia francesa.

Es probable que cuando el General imaginó la estructura de la Comunidad francesa, pensó hacer una obra duradera. Creía—en esto es muy francés de la calle—que los indígenas—al menos en su mayoría—amaban a Francia, que les había aportado la libertad, los derechos del hombre, la instrucción, la higiene y el derecho. Sacaba la conclusión de que los pueblos de color aceptarían con entusiasmo y agradecimiento la asociación que les proponía. ¿Como podrían no ser sensibles al honor de ser franceses? De ahí su magnífica frase a los manifestantes de Dakar que, en 1958, reclamaban la independencia. Los que no querían ser franceses no tenían más que decirlo. Tenían la puerta abierta. Únicamente los guineanos le cogieron la palabra. Los demás territorios de ultramar se pronunciaron en favor de la Constitución gaullista, es decir, según el criterio del Presidente, en favor de Francia. La prensa francesa pudo entonces subrayar con énfasis la admirable fidelidad de las colonias hacia la madre patria. Pero el ejemplo de Guinea cundió con sorprendente rapidez. Desde entonces, Madagascar, el Camerún y la Federación de Mali le han pedido su independencia. El General De Gaulle se la ha dado. Otras han de seguir, y ya se prevén como inminentes las de la Costa de Marfil, Níger, Alta Volta y el Rhomey. Según toda probabilidad, el Chad y el Congo imitarán el ejemplo, lo mismo que el Gabón. Bien es verdad que aquellos nuevos Estados soberanos se han transformado en aliados y se han firmado tratados en el interior de la nueva Comunidad. Francia conserva lazos culturales y económicos con los pueblos a los que ha dado la libertad. ¿Para mucho tiempo? La poderosa Inglaterra había seguido esta política con sus protectorados del Mediterráneo oriental entre las dos guerras. Ya se sabe lo que queda de ello. Los franceses salvarán sin duda su influencia cultural. Después de todo, los intelectuales negros que piden su libertad han estudiado en francés, y hasta cuando enjuician a Francia lo hacen en la lengua de los colonizadores. Entre los dialectos africanos y la lengua de Molière hay tal diferencia de evolución y de difusión, que el francés tiene grandes probabilidades de seguir siendo de uso en África para mucho tiempo. Por tanto, durante años, profesores, técnicos y sacerdotes franceses—y también médicos—tendrán un lugar en África. Asimis-

mo es posible que el gran capitalismo y sus agentes aun se mantengan allí. Los que por ahora salen perdiendo son los pequeños funcionarios y los pequeños colonos. No son muy numerosos en Africa Negra. El General puede vanagloriarse de que previniendo los deseos de los nacionalismos negros ha evitado nuevas crisis análogas a las de Indochina y Argelia. También se expone a oír responder a sus adversarios que no se había visto nunca un Estado que renuncia a provincias enteras antes de que se dispare un tiro en las mismas. Pero el General piensa que el huracán nacionalista que sopla sobre las viejas colonias europeas es irresistible. Aquí también, como en 1940, hace una apuesta. Su apuesta está en favor de la derrota europea en Africa. En estas condiciones trata de salvar lo que puede ser salvado, de retirarse con elegancia en vez de marcharse vencido, como lo hicieron sus predecesores en Indochina. Dicho esto, el hombre que no quería transigir con Hitler transige con los políticos de Tananarive y de Gran Popo. En espera de transigir con Ferhat Abbas y Krim Bel Kacem.

Porque el discurso del 14 de junio de 1960 y su fórmula «la Argelia argelina» han acabado de aclarar la actual política francesa en la antigua conquista de Bugeaud. Después de haber ofrecido «la paz de los valientes» a los que combatían, sin querer oír hablar de los políticos que los guiaban, después de haber hablado de la igualdad perfecta que reinaría en la Argelia fraternalmente administrada por Francia, considerado la partición del país después de un referendum, se llega a una nueva fase, la de la discusión con los dirigentes «rebeldes», que antaño despreciaba, para establecer una Argelia libre, asociada a Francia—como las colonias negras—. Ciertamente, se trata de atraerse a los jefes de la rebelión argelina, de permitirles que negocien el armisticio sin perder la cara. Pero, ¿querrán éstos admitir las condiciones de General De Gaulle, entregar las armas y observar los cuatro años de recogimiento que el General estima necesarios para preparar el referéndum democrático decisivo, el de septiembre de 1958, al que se le había conferido tal categoría, habiendo perdido ese valor? Se teme que no. Hasta aquí la resistencia argelina—siempre proclamada moribunda por los oficiales de Argelia y por los servicios de información de París—ha conseguido del Gobierno francés unas propuestas de paz cada vez más favorables. Se ha concedido a los musulmanes el Colegio electoral único, que tarde o temprano los convertirá en dueños de Argelia; un porcentaje sin cesar más crecido en las administraciones, en los ayuntamientos y en las prefecturas. Ahora se ha llegado a la «Argelia argelina», o sea, a la repudiación del mito de la «Argelia francesa». Así, poco a poco, el programa

de los rebeldes va convirtiéndose en el programa del Gobierno de París.

Ante este estado de cosas, los juiciosos del G. P. R. A. se preguntaban por qué habían de continuar la lucha, puesto que se les ofrecía casi todo lo que había pedido en 1954. Bien es verdad que los extremistas querían continuar hasta el final, arguyendo que Francia, cansada de una guerra interminable, debía cederles todo tarde o temprano. El hecho de que los juiciosos hayan vencido muestra que paulatinamente se evidencia en Tunicia que, a corto o largo plazo, una Argelia sometida a la ley electoral del número está destinada a ser independiente. Por tanto, más valía la paz que la guerra para los musulmanes argelinos. Argel bien vale un poco de comedia, la comedia del compromiso que sobrevendrá después de un regateo más o menos largo, acaso entrecortado por crisis más o menos dramáticas. Es muy probable que los franceses también opinen así. Pero el General De Gaulle, después de dos años de fracasos parece dedicado a dar el carpetazo. Toda su alocución del 14 de junio estaba hecha para hacer relumbrar las facetas del resurgimiento económico francés y para mostrar que Argelia constituía una traba. La paz en Argelia es necesaria para poder incrementar la prosperidad del país, dotario del armamento digno de una gran potencia y restaurar su crédito en el mundo democrático. La opinión de la izquierda sostiene, naturalmente, esta tesis. La de la derecha es más hostil. Pero no serán ni M. Bidault, ni M. Soustelle, ni M. Duchet quienes harán caer de su pedestal al General de la «Francia libre». El ejército y los europeos de Argelia podrían ser más peligrosos si se entendieran. Mas desde el *putsch* fracasado del 24 de enero de 1960 y la reorganización de los cuadros que siguió al mismo, es poco probable un nuevo 13 de mayo. Ciertamente, obrando así, trabajando contra la gente que lo ha llevado al poder, el General De Gaulle se ha creado una muchedumbre de enemigos. Es bastante sintomático que en Orán, ciudad administrada desde hace muchos años por un alcalde gaullista, los gritos mandando a De Gaulle al paredón hayan cubierto la lectura del llamamiento del 18 de junio de 1940. Pero estos enemigos están lejos de París, y la opinión metropolitana sólo pide el fin de la guerra.

No resultaba difícil prever, desde el principio de la rebelión argelina, que llegaría un día en que los metropolitanos, que no se han distinguido nunca por sus conocimientos geográficos ni por su interés hacia «la Francia de ultramar», preferirían sacrificar al millón de colonos europeos antes que su prosperidad y su tranquilidad. Este momento parece llegado. Bastará que Ferhat Abbas muestre un poco de debilidad y que permita al

ejército francés de conservar su prestigio para que el general De Gaulle haga las concesiones que llevarán a la independencia por etapas. Francia no conocerá un nuevo Dien Bien Fu. No habrá cedido. Grande y generosa, habrá concedido la libertad a los valientes argelinos. Hay en ello un matiz.

Montherlant escribía ya en *L'Équinoxe de septembre*: «Se diría que Francia lanza automáticamente un *cocoricó* siempre que recibe una patada en cierto sitio, como esos blancos en forma de gallo de los tiros de las ferias que cacarean cuando el tirador les han dado». La frase es de mala intención. Sin embargo, ¿cómo no recordarla ante el espectáculo de disgregación triunfal de lo que fué uno de los mayores Imperios de la historia?

ANTONIO MASSIA MARTIN